

JORGE ESTRELLA: *TEORÍA DE LA ACCIÓN*
Ed. de la Universidad de Chile
Santiago, 1987

Referirse a un libro aparecido hace ya algunos años sugiere, quizá, dar buenas razones. Por cierto, las daremos. Algunas de ellas requerirán que lo hagamos de manera explícita. La mayoría, en cambio, se irán revelando en el breve recorrido que haremos del texto.

Comencemos diciendo algo del autor. Jorge Estrella es profesor titular de la Universidad de Chile. Su especialidad es la filosofía de la ciencia y desde 1975 dicta esta cátedra en la Facultad de Filosofía y Humanidades. Como escritor tiene una vasta trayectoria. Referidos a su especialidad, podrían mencionarse los siguientes títulos, entre otros. Argumentos filosóficos; Ciencia y filosofía; la inducción I; La inducción II; De Galileo a Einstein; Teorías sobre la vida. Los dos últimos en colaboración con Desiderio Papp y posteriores al que comentamos. Mencionamos también que sus ensayos son publicados por numerosas revistas especializadas en Chile y en el extranjero. Uno de éstos, incluido en este volumen, obtuvo el primer premio en el concurso de ensayo, "José Martí", auspiciado por la Asociación de Críticos y Comentaristas de Arte, Miami, USA, en 1985. Nos referimos a "Tres razones para la libertad".

El libro es un trabajo que está estructurado en tres partes y cuenta, además, con una introducción. La primera parte corresponde a un bello cuento que en un primer momento puede aparecer "desentonando" con el resto del trabajo, constituido por diversos ensayos. Sin embargo, esta percepción desaparece luego de completar la lectura del volumen. Se cumple, creemos, el propósito señalado por el autor en la introducción. Es una buena presentación del libro. "Se trata de un cuento breve que prefigura las ideas difundidas en el volumen"¹.

La segunda parte la constituyen tres ensayos y se denomina "Teoría de la acción". "Tres razones para la libertad" es el primero de esta trilogía. En primer lugar se señala allí cómo la visión usual de la libertad consiste únicamente en una descripción exterior de ella. Esta manera de entender la libertad, señala al autor, está asociada de manera fuerte a una concep-

¹ Op. cit. pag. 13.

ción causalista del mundo. De acuerdo a esta interpretación, es el entorno el responsable de nuestra libertad o de la falta de ella.

Estrella, sin embargo, va a defender en la segunda parte de este ensayo la condición interna de la libertad. Una libertad que emerge como resultado de la capacidad de valoración que el hombre tiene y que es anterior a cualquier acción, "...el medio ambiente (histórico, biológico, social, etc.) aparece como permisivo o restrictivo según cuáles opciones haya escogido nuestra libertad"².

No es el entorno el que nos impele a actuar de tal o cual manera. Somos nosotros quienes valoramos ese entorno neutro cargándole de sentido. Lo que nos lleva, luego, a la acción. "Ningún medio puede determinarnos en dirección alguna, pues él mismo está determinado por nuestras opciones"³.

Esta visión de la libertad es la que permite al autor sostener algo que asoma casi paradójico: que el hombre es libre y que tal libertad se da en un esquema reiterativo. "Porque el esquema es vacío, no nos conmina en dirección alguna. Cada quien, mediante el ejercicio de su libertad, inclina la estimación en alguna dirección para que el medio que habita se vuelva comprensible"⁴.

La primera parte de este ensayo que revisamos se denomina "El efecto Edipo". Es un inteligente análisis de los resultados a los que se arriba cuando se sostiene un determinismo en la historia humana y también la posibilidad de conocer esa legalidad.

Aceptado que el determinismo en ámbito humano es una realidad, se puede conjeturar que en algún momento se llegue a conocer las leyes que rigen el acontecer humano. De ser así, podrían llegar a pronosticarse los acontecimientos futuros. Sin embargo, si así ocurriera el hombre modificaría ese futuro pronosticado como ineludible. Si el futuro se muestra atractivo, el hombre hará cualquier cosa para que ese futuro se cumpla. Si más bien aparece como inconveniente, no caben dudas de que ese mismo hombre hará los mayores esfuerzos para evitar que se cumpla.

El trabajo muestra diversos ejemplos que ilustran muy bien lo absurdo que resulta la aceptación de esas dos hipótesis. Una idea esbozada por Karl Popper en su "Miseria del historicismo" y a la cual dio el nombre de "efecto Edipo".

La última parte de este ensayo tiene como título "Liberalismo y colectivismo". Y se ocupa, precisamente, de la libertad y de su relación con estas dos opciones de convivencia social.

Se analizan aquí, entre otros temas, la libertad exterior que el liberalismo pide para los individuos, con el objeto de dar posibilidades a la

² Op. cit. pag. 26.

³ Op. cit. pag. 26.

⁴ Op. cit. pag. 26.

gran diversidad de motivaciones que emergen a partir de la libertad interior. Y cómo, en cambio, el colectivismo busca controlar ambas libertades, con el propósito de llevar a cabo el plan del conjunto.

El autor señala, además, los deslizamientos hacia el otro extremo que suelen darse al interior de cada opción. Es así como el liberalismo alberga sectores que aceptan el libre juego. Sin embargo, cuando el juego los ha desplazado, buscan protección y ayuda en quien menos defendían: el Estado. Por parte del colectivismo la cuestión no es muy diferente. Cuando el plan de la comunidad no camina, suele recurrir a los individuos, a los que saben, para que les ayude a sacar adelante el programa.

Hay en estos deslizamientos practicados por estas dos propuestas una diferencia, según señala Estrella. "...el tribalismo, dogmático como es, no corre demasiados riesgos cuando recurre al individuo capacitado. Puede controlarlo con relativa facilidad. (...) En cambio el individuo, en la sociedad liberal, corre mayores riesgos cuando camina hacia el Estado en demanda de seguridades: puede ser un viaje sin retorno, debido a la mayor fuerza de éste, su adversario"⁵.

"Norma y conocimiento" y "El razonamiento pragmático" son los otros dos capítulos que completan esta segunda parte. Ambos se hacen cargo de la noción de libertad señalada en el capítulo anterior y de su emisión por cierto racionalismo que pretende fundar las normas en el conocimiento.

Importante de señalar es el análisis de un cierto cientificismo que sostiene que debe ser el conocimiento científico el que otorgue la base para las normas éticas. Si la ciencia es la disciplina que mejores conocimientos otorga, nada más razonable, para esta postura, que sea la ciencia y sus conocimientos los que indiquen qué hacer y qué no hacer (lo bueno y lo malo).

El autor, sin embargo, nos muestra cómo las normas éticas se fundan siempre, en última instancia, en valoraciones irreductibles a cualquier conocimiento. Aún más, en muchas ocasiones decidimos ignorar las consecuencias éticas que de un cierto conocimiento se pudieran derivar y nos quedamos con nuestras viejas normas, carentes del aval del conocimiento.

Las normas técnicas, que a primera vista aparecen sólo fundadas en el conocimiento, no tienen un status diferente al de las éticas en este sentido. Podemos tener el conocimiento de una regularidad y con él la herramienta para la norma. Pero hace falta un ingrediente: la preferencia, el fin deseado.

De ahí que no podamos decir de una norma que sea verdadera o falsa sin más, sino únicamente cuando tomamos en consideración el fin, la preferencia que la guía. "Pero lo cierto es que el conocimiento de suyo no basta para justificar norma alguna, técnica o ética. Sólo cuando se ha precisado un rumbo es que el hacer aparece significativamente. La racional-

⁵ Op. cit. pag. 35.

lidad de nuestra norma, en fin, proviene no sólo del conocimiento -como suele creerse- sino especialmente del fin que le reclama su logro"⁶.

La tercera parte del texto, titulada "Libertad y conocimiento", está conformada por otros tres capítulos. Todos en conformidad con la idea de libertad defendida antes.

El primero de estos capítulos, "Unidad y variedad de las humanidades", es un instructivo estudio del tratamiento tradicional que han recibido, respecto de su distinción, las ciencias naturales y las ciencias culturales. Una distinción sustentada en la oposición ley natural universal-hecho histórico singular.

Desde esta perspectiva, las ciencias de la naturaleza serían disciplinas abocadas a la búsqueda de leyes universales, olvidando en este trámite al fenómeno, el hecho. Las ciencias culturales, en cambio, sí estarían ocupadas de lo peculiar que tiene cada fenómeno, no comprometiéndose con un orden general.

Estrella, en cambio, sostiene que tal criterio de distinción no es procedente, por cuanto tanto las ciencias de la naturaleza como las ciencias dedicadas al estudio de lo humano, para alcanzar su propósito, deben trascender al hecho, al fenómeno singular. En ambos casos hay una búsqueda de lo constante y universal que permita la comprensión de lo singular. Señala diferentes ejemplos de disciplinas ocupadas del hombre que claramente buscan regularidades, leyes.

Existe, sin embargo, entre estos dos ámbitos una diferencia. Esta radica en la naturaleza de la constancia buscada. En las ciencias de la naturaleza esa constante es neutra. No parece existir intención alguna en ella. La legalidad en la que se interesan las humanidades, en cambio, revela un orden de significado otorgado por el hombre. Aquí están las preferencias que cada grupo humano libremente ha proyectado en los hechos, dice el autor. Por lo mismo, la información acerca de esos grupos debe considerar necesariamente las ideas que están en juego.

La diversidad de las humanidades, sostiene Estrella, se origina por la neutralidad de la realidad y por las ideas con las cuales el hombre moldea esa realidad. "El acto de conceder o negar un sentido pone de manifiesto (...) no sólo que los hechos no lo poseen de suyo, sino además esta asombrosa capacidad de los hombres: la de crear órdenes significativos para sostenerse en un mundo que no muestra significado alguno"⁷.

El capítulo siguiente toca una creencia antigua y bastante difundida acerca del proceder científico. La idea de que el conocimiento científico es el resultado de la aplicación prácticamente mecánica de un método. Este funcionaría a la manera de una receta. Siguiendo cuidadosamente las instrucciones se garantiza un resultado óptimo.

⁶ Op. cit. pag. 45.

⁷ Op. cit. pag. 64.

"Ciencia y creatividad" es el nombre de este ensayo dedicado a mostrar la falsedad de esta creencia y a defender la inmensa cuota de creatividad que exige la obtención de conocimientos científicos. Una creatividad que es negada por esa otra forma de entender el quehacer científico.

De acuerdo a Estrella, la confusión entre ciencia y técnica ha ayudado a que esta creencia se difunda. Por ello es que propone distinguir en el saber tres niveles: investigación, conocimiento establecido y aplicación tecnológica. Los dos últimos, es fácil notarlo, requieren del primero. Antes de tener un conocimiento organizado y de poder aplicarlo, es menester haberlo obtenido por medio de una investigación. De ahí que este nivel emerja como el núcleo del hacer científico.

Ahora bien, la investigación científica no cuenta con un método, al modo de una aplicación de pasos bien definidos que aseguren la resolución de una incógnita. Ello no significa, dice el autor, que la ciencia en su labor sea desordenada o caótica. Cuenta con un proceder, hipotético-deductivo. Esto quiere decir que la investigación científica se efectúa cuando surge algún problema al interior de un orden de conocimientos. Cuando ello ocurre, se plantean algunas hipótesis que intentan dar solución al problema. Estas hipótesis deben ser sometidas al control empírico y lógico. El empírico, se notará, es determinante. Si la hipótesis no es capaz de sortear el obstáculo es dejada de lado y se busca una nueva. Pues bien, el autor señala muy bien cómo la creatividad está presente no sólo en la ideación de las hipótesis, que es donde más fácilmente se detecta, sino también en cada uno de los otros pasos. En el descubrimiento del problema y en la creación de experimentos u otro tipo de controles empíricos.

La creatividad, sostiene Estrella, es una manifestación de la libertad. Se concluye, entonces, que la libertad está en el corazón mismo de la actividad científica.

Pero existe una relación entre la ciencia y la libertad aún más fuerte. El hombre usa su libertad para crear al mundo en la medida que le otorga un sentido, que le da un valor. Pues bien, la ciencia misma es producto de esa libertad. "...la ciencia es tributaria de una elección, de un acto libre de creación espiritual. De una extraña decisión de ver el mundo desde la categoría de la verdad"⁸.

El último trabajo "La inducción y la definición. Un análisis semántico" es el más técnico. La dedicación está puesta en tratar de responder qué son los significados. Tal intento lleva al autor a examinar la relación que los significados tienen con los temas de la inducción y de la definición.

El inductivismo y el referencialismo son dos formas de entender cómo logramos alcanzar nuestras significaciones. Las dos coinciden en negar la libertad del hombre en esa construcción de imágenes significativas. Ambas son revisadas y criticadas con un gran rigor lógico y fenomenológico.

⁸ Op. cit. pag. 73.

Digamos, para concluir, que este libro constituye una excelente manera de aproximarse a algunos problemas filosóficos, en especial del ámbito del conocimiento. Está escrito de una forma tal que su lectura resulta fácil, amena, a pesar de la dificultad que muchos de estos problemas ofrecen. Esto no significa, sin embargo, que no cuente con la rigurosidad necesaria. La destacábamos recién.

Todo lo que hemos señalado ha permitido que el libro sea requerido en más de una cátedra dedicada a temas filosóficos. Lo hemos constatado.

No comprendemos, en cambio, porque ese entusiasmo para acogerle no se haya proyectado antes en más reseñas como éstas. Quizá la razón más poderosa para escribir estas líneas.

José Luis Reyes Fuentes
Egresado del Programa de
Magistratura en Filosofía
Universidad de Chile